

PROLOGO

Antonio Pereira

«¿Qué te gustaría ser cuando seas mayor?»

Y aquel chico:

«Organista.»

Al chico le fascinaba el poder solitario de un hombre que, sentado ante el teclado y los registros, tenía en sus manos (y en los pies y el corazón) la gracia de crear trinos de pájaros y rumor de hojas cayendo, el cachón del río en el molino y el anuncio lejano de la tormenta; también soltaba las trompetas de la tormenta misma y la tempestad, el movimiento alegre de las danzas o el clamor por la paz de los difuntos. Y la Marcha Real, cuando salía o entraba la procesión.

Más tarde, el chico pensó que a su ídolo podría destronarlo el director de orquesta. Pero el organista es un rey que no necesita de los otros músicos ni de nadie. Bueno, dependía del ayudante que le daba sucesivamente a los fuelles.

«¡Aire!» «¡Aire!»

El atendedor de los fuelles -quién va a saberlo mejor que yotiraba de las cuerdas con aplicación, como si el propio organista estuviera a punto de asfixiarse y para siempre fuera a callarse la máquina grandiosa.



Había razones para desfallecer en la vocación. Lo decía un viejo y grueso libro:

El buen organista debe tener saberes de compositor y habilidades de ejecutante. Su capacidad ha de alcanzar hasta las improvisaciones sin tema obligado. Habrá de suplir con su inventiva los trances inesperados, decidir la cantidad de sonido del órgano en relación con las voces a que acompaña. Y transportar con seguridad. ¡Transportar! Tocar una composición en un tono diferente del tono original...

Demasiado para quien no conseguía pasar de las primeras lecciones del Método de Eslava.

No es infrecuente, pero es triste: el adolescente que abandona un sueño excesivo. Asumí que el arte es tanto del emisor como del receptor, y desde entonces escucho el órgano sin esperanza de protagonismo pero con la seria devoción de los partidarios fieles.

A veces he «oído» las voces del órgano en los grandes alardes de la naturaleza. Hay que ser muy sordo y un poco ciego para no percibir el plural instrumento que habita algún desfiladero astur-leonés. Un paraje en Despeñaperros, expresamente, se llama Los Órganos. Y en el mato del Brasil he encontrado bóvedas forestales donde mis ojos descubrían los tubos de órganos gigantescos aunque no se oyeran fugas de Bach, sino la salmodia casi gregoriana de los versos de un poeta amigo.

¡Pero los órganos con nombre, los de mi tierra!

El de Astorga, que ha sonado para celebrar victorias de independencia. El basilical de la Encina y el de la Catedral o Santa Marina del Rey. El de Villafranca, que una noche de ánimas conoció el milagro que por ahí anda impreso: el reloj de la Colegiata suspendió el paso del tiempo porque estaba sonando música -de Cabezón, o de Cristóbal- y la iglesia se llenó de fantasmas queridos.

Sobre la música de órgano que, una vez más, nos congregará en el corazón de la ciudad, qué podría decir. En la Catedral que tiene la luna y el sol.